

Hace muchos años, cuando era un joven estudiante en París, conocí al gran Carot y presencié a su lado muchos casos de enfermedades mentales, en cuyo análisis era un maestro. Recuerdo a una pequeña doncella del Marais que, hasta los nueve años, no se diferenciaba de sus compañeras de juego; pero una noche, acostada en la cama, susurró al oído de su madre:

—Mamá, ¿puedes oír el sonido del mundo?

Parece que su maestro de geografía le acababa de enseñar que nuestro globo gira con una velocidad enorme en una órbita alrededor del sol; y este sonido del mundo suyo era simplemente un murmullo en el oído, escuchado en el silencio de la noche. En seis meses estaba tan loca como una liebre de marzo.

Le mencioné el caso a mi amigo, Haco Harfager, cuando compartió conmigo una vieja mansión en St. Germain. Escuchó con singular interés, y durante un buen rato se sentó envuelto en la oscuridad.

Otro caso que di le causó una gran impresión a mi amigo fue el de un joven fabricante de juguetes de St. Antoine, que sufría de consunción, pero sobrio y trabajador, quien compró uno de esos diarios de fama que circulan a la luz de una lámpara sobre los bulevares. Este simple acto fue el comienzo de su destino. Nunca había sido un lector: sabía poco del carrete y la agitación del mundo. Pero a la noche siguiente compró otro, y pronto adquirió cierto conocimiento de la política, los grandes movimientos, el tumulto de la vida. Y este interés se volvió absorbente. Hasta altas horas de la noche yacía estudiando el rugido de la acción, la pasión impresa. Se despertaba enfermo, pero enérgico, y compraba un periódico matutino. Y cuanto más rechinaban sus dientes, menos comía. Se volvió negligente, irregular en el trabajo. A medida que el gran interés crecía sobre su frágil alma, cada interés menor decrecía en él. Llegó un día en que ya no le importó su propia vida; y otro en que empezó a arrancarse los pelos de la cabeza.

En cuanto a este hombre, el gran Carot me dijo:

—Realmente, uno no sabe si reírse o llorar. Observe, por un lado, que hay mentes tan sensibles como un hilo de plomo derretido: cada respiración las inquietará y perturbará. Para tal, este esquema de cosas claramente no es más que una Máquina de la Muerte. Demasiado cruel para algunos es el grito apresurado del Ser: no pueden soportar el mundo. Aquí, me refiero al fabricante de juguetes, podemos ver un típico caso de neurosis.

»Magnífico es el mito griego de las Arpías, y en cierto modo fue atrapado por ellas, o, digamos, atrapado por una de las ruedas del universo, y así pereció. Conocí a un hombre que tenía esta peculiaridad sonora: que cada sonido le daba algún conocimiento del asunto que lo causaba: una varilla, por ejemplo, de cobre y estaño que golpeaban una varilla de hierro y plomo, le transmitían no solo el proporción de cada metal en cada varilla, sino cierto conocimiento del significado esencial y del espíritu, por así decirlo, del cobre, el estaño, el hierro y el plomo. A él también se lo llevaron las Arpías.

He mencionado que relacioné algunos de estos casos con mi amigo, Harfager: y me sorprendió lo mucho que intentó ocultar su interés.

Desde los primeros días en que asistimos al mismo seminario en Estocolmo, surgió una intimidad entre nosotros. Pero no era una intimidad acompañada de los signos ordinarios de amistad. Harfager era el más tímido, el más aislado de los seres. Aunque nuestro vínculo (provocado por una reunión casual en una sesión de medianoche) había durado algunos meses, no sabía nada de sus planes. A altas horas de la noche nos recostábamos en sofás dentro de la vasta cueva de un hogar de Louis Onze, y fumábamos sobre el fuego moribundo en silencio. De vez en cuando una velada o una conferencia me sacaban de la casa; excepto una vez. En esa ocasión, me apresuré por la Rue St. Honoré, donde una ráfaga de tráfico retumbaba sobre las viejas pavimentadoras retenidas allí, cuando me encontré con él. En este tumulto, se puso en actitud de escuchar; y por un momento no me reconoció.

Incluso cuando era niño, había visto en mi amigo al genuino patricio, aunque su personalidad no daba la impresión de ser opulento; al contrario. Era algo sordo, pero susceptible al deleite ante ciertos sonidos: el zumbido de una puerta, la nota de un pájaro. Estaba algo por debajo de la altura media. Su nariz era aguileña. Llevaba una barba delgada. Pero la principal característica de su rostro eran las orejas, que eran casi circulares, muy pequeñas y planas, sin esa curva exterior llamada hélice. Llegué a comprender que esto había sido durante mucho tiempo un rasgo de su raza. En toda la cara pálida de mi amigo había grabado un aire de incapacidad lamentable.

Después de un año, me pareció necesario mencionarle a Harfager mi intención de dejar París. Él respondió a mis noticias con un cortés:

—Ciertamente —pero después de una hora se volvió hacia mí y observó—: Bueno, parece ser un mundo difícil.

Ocasionalmente había escuchado obviedades pronunciadas con tal tono de solemnidad por sus labios, pero aquella vez su mirada era seria. Su aspecto desanimado me sorprendió.

—¿A propósito de qué? —pregunté.

—Mi amigo, no me dejes —extendió sus brazos.

Me dijo que era objeto de una malicia diabólica, presa de una horrible tentación. Que un señuelo, una mano tentadora, una lujuria al acecho, lo atraían perpetuamente; y eso comenzó el día que, a la edad de cinco años, su padre lo envió lejos desde su desolada casa en el océano.

¿Y de quién era esta malicia?

Me contó la de su madre y su tía.

¿Y cuál fue esta tentación?

Dijo que era la tentación de regresar, apurarse con el mismo frenesí de hambre, regresar a esa casa.

Le pregunté con qué motivos, y de qué manera, la malicia de su madre y su tía se manifestaron. Él respondió que no había, según le pareció, ningún motivo definitivo, sino solo una malévola predestinación; y que se manifestaba en las oraciones y los mandamientos con los que lo atormentaban para que volviera a las manos de sus antepasados.

Todo esto no lo pude entender, y se lo dije. ¿En qué consistía este magnetismo y este peligro en su hogar? A esto Harfager no respondió, pero se levantó de su asiento, desapareció detrás de las cortinas del hogar y salió del departamento. Cuando regresó, fue con un tomo encuadernado en cuero, que resultó ser la Crónica de las familias nórdicas de Hugh Gascoigne, en letra negra inglesa. El pasaje al que señaló lo leí de la siguiente manera:

»De estos dos hermanos, el mayor, Harold, aparentemente de gran personalidad y destreza, hizo una peregrinación a Dinamarca, donde reparó nuevamente en Hjaltland (Zetland), y con él trajo al amable Thronda para su esposa, que era una hija del real hundido (sangre) de Dinamarca. Y su hermano menor, Sweyn, que era triste y elegante, superó por mucho al otro en astucia, fue quien lo recibió con toda alegría.

»Pero los eftsoons (poco después) enfermaron a Sweyn por todo el amor que sentía por Thronda, la esposa de su hermano. Y mientras el digno Harold ministraba sobre la cama donde Sweyn yacía enfermo, he aquí que Sweyn le clavó un golpe violento con una espada, y sin demorarse más, encerró sus manos en ataduras y lo arrojó al fondo de una profunda bodega. Y debido a que Harold no se privaría del gobierno de Thronda, su esposa, Sweyn se cortó las orejas y se sacó uno de los ojos. Pero en un día, el valiente Harold, rompiendo sus ataduras y abrazando a su adversario, lo

derrocó y escapó. No obstante, vaciló cuando llegó a la Cabeza de Somburg, no muy lejos del Castillo, y, aunque era rápido, no pudo correr más, por la razón de que estaba débil. Y mientras yacía allí, desmayado, Sweyn se encontró con él, y cuando lo golpeó con un dardo, lo arrojó de Somburg al mar.

»Poco tiempo después, la señora Thronda (aunque no sabía cómo murió su señor, ni, en verdad, si estaba vivo o muerto) recibió a Sweyn con gran alegría. Se convirtió en su esposa. Y enseguida los dos fueron a residir en lugares lejanos.

»Ahora, sucedió que a Sweyn tuvo un sueño donde construía una gran mansión en Hjaltland para el regreso de la señora Thronda; por lo que lo llamó un astuto arquitecto, y lo envió a Inglaterra para reunir hombres para la construcción de esta lujuriosa casa, mientras él mismo permanecía con su dama en Roma. Luego vino este Arquitecto a Londres, pero al pasar de allí a Hjaltland se ahogó, él y sus compañeros.

»Y después de dos años, que era el tiempo asignado, Sweyn Harfager envió una carta a Hjaltland para saber cómo iba el proyecto de su Casa, porque no sabía del ahogamiento del Arquitecto. Poco después recibió la respuesta de que la Casa estaba bien, y que se estaba construyendo en la isla de Rayba. Pero esa no era la isla donde Sweyn había designado el edificio: y tenía miedo, y casi cayó muerto por temor, porque, en la carta, vio ante él la caligrafía de su hermano Harold. Y él dijo así: Seguramente Harold está vivo, de lo contrario esta carta fue escrita por una mano fantasmal.

»Posteriormente, regresó a Hjaltland. El antiguo Castillo de Somburg había sido destruido. Entonces Sweyn se enfureció y gritó:

»—Misericordia, ¿dónde se fue la gran casa de mis padres? ¡Pobre de mí!

»Y una de las personas le dijo que una gran cantidad de trabajadores de partes lejanas lo habían destruido. Y él dijo:

»—¿Quién se los ordenó? —pero esto nadie pudo responder. Luego dijo de nuevo—: ¿No habrá sido mi hermano Harold?

»Así que fue a Rayba y vio allí un gran puesto de la Casa, y cuando lo miró, dijo:

»—Esto, de hecho, fue construido por mi hermano Harold, ya sea que esté muerto o vivo.

»Allí habitó con su señora, y los hijos de sus hijos hasta ahora. Por eso la casa es despiadada; por eso se dice que sobre todos los que habitan allí caen en una locura perversa y una angustia lujuriosa; y que a través de las orejas beben la copa del furia de Harold sin orejas.

Después de leer la narración en voz alta, sonreí y dije:

—Esto, Harfager, es un romance muy tolerable por parte de la buena Gascoigne, pero no tiene el aspecto de ser una historia verídica.

—Sin embargo, es historia —respondió.

—¿Crees eso?

—La casa se encuentra sólidamente en Rayba.

—¿Pero realmente crees que los fantasmas medievales supervisaban la construcción de sus mansiones familiares?

—En ninguna parte Gascoigne dice eso —respondió—: porque ser golpeado por un dardo no necesariamente significa morir.

—¿Y cuál es, Harfager, la naturaleza de esa locura perversa, esa angustia lasciva, de la que habla Gascoigne?

—¿Me preguntas qué sé? —extendió los brazos—. ¡No sé nada! Fui desterrado del lugar a la edad de cinco años. Sin embargo, el grito todavía suena en mi mente. ¿Y no te he hablado de ciertas angustias, incluso en mí, de anhelo y asco heredados.

De todos modos, tuve que ir a Heidelberg en ese momento: así que le dije que me comprometería al acortar mi ausencia y reunirme con él en unas pocas semanas. Tomé su silencio melancólico como un sí. Pero me demoré, y cuando volví a nuestra antigua casa la encontré vacía. Harfager se había ido.

Fue solo después de doce años que me llegó una carta muy larga escrita por mi amigo. Estaba fechada en Rayba. En la primera media página hablaba de nuestra antigua amistad y me preguntó si vería a su madre, que se estaba muriendo. El resto de la epístola consistía en un análisis del árbol genealógico de su madre, cuyo objetivo aparente era demostrar que ella era una auténtica Harfager y una prima lejana de su padre. Luego pasó a comentar sobre la gran prolificidad de su raza, afirmando que desde el siglo XIV habían vivido más de cuatro millones de sus miembros; solo tres de ellos, creía, quedaban ahora.

Influenciado por esto, viajé hacia el norte. Pasé por Caithness, por las tormentosas Orcadas y Lerwick. Desde Unst, el más sombrío y septentrional de los Zetlands, comenzó la última etapa, aunque me informaron debidamente que la temporada albergaba cierto riesgo. Era el sombrío diciembre de esos mares; y el clima, dijeron, aunque nunca demasiado frío, era más que tempestuoso. Una neblina yacía sobre las

olas, encerrando nuestro bote en una cúpula de triste melancolía; y había algo fantasmal en la mirada del mar silencioso y el cielo melancólico que produjo en mis nervios el estado de ánimo de un viaje fuera de la naturaleza, un crucero más allá del mundo.

Ocasionalmente, sin embargo, pasamos frente a una de esas ciénagas, o pilas de mar, cuyas escarpadas paredes marítimas, desintegradas por las luchas de la Corriente del Golfo con el Mar del Norte, tenían un aspecto de horrible. Pero solo noté tres de estos: porque antes de haber recorrido la mitad del trecho una oscuridad repentina estaba sobre nosotros; y con ella una de esas tormentas de las cuales el invierno de este mar semiártico es una sucesión. Durante el día siguiente, la lluvia no paró; pero antes de que cayera la oscuridad, mi capitán se detuvo para señalarme un montículo de gris en la proa, lo cual, dijo, debería ser Rayba.

Rayba, dijo, era el centro de un gran nido de esos remolinos y corrientes cruzadas que la marea arroja entre las islas: pero en Rayba corrían con más ira debido a la fila de riscos que cubrían la tierra alrededor. Por lo tanto, el acercamiento era en todo momento difícil, y de noche, insensato. Con un mar corriendo, sin embargo, nos acercamos lo suficiente como para ver la melena de espuma que rodeaba la pared de la costa. Su impacto, según el capitán, a menudo tenía más eficiencia que la artillería, arrojando toneladas de roca a alturas de seiscientos pies sobre la isla.

Cuando el sol volvió a alzarse sobre el horizonte, nos habíamos acercado a la costa; y fue entonces cuando por primera vez se produjo la impresión de algún movimiento giratorio de la isla (probablemente debido a los movimientos arremolinados del agua). Anclamos frente a la costa oeste. Mi objetivo estaba fuera de discusión debido a la marejada. Aquí encontré dos skeoes (o cobertizos), cubiertos con paja, y a cinco o seis marineros que se ganaban la vida intercambiando comestibles. Tomé a uno de ellos como guía, y comencé el ascenso hacia el interior de la isla.

Durante la noche en el bote había sido consciente de un retumbar en los oídos que incluso el rugido del mar alrededor de la costa no parecía atenuar; y ahora, a medida que avanzábamos, se incrementó, y con ello, una vez más sentí esa convicción dentro de mí de movimientos giratorios.

Rayba me pareció una tierra de precipicios de granito. No pude ver ninguna orilla hacia el este, y a fuerza de gritarle a mi líder, llegué a saber que no había tal orilla, digo grito, porque nada menos podría haber sonado a través de el rugido constante de diez mil bisontes que ahora resonaba por todos lados. También cierto temblor de la tierra se hizo distinto. En vano, mientras tanto, mis ojos buscaban un árbol o un arbusto, ya que ningún tipo de vegetación, excepto la turba, podría desafiar durante un día la tempestad perenne de esta isla.

La oscuridad, media hora después del mediodía, comenzó a caer sobre nosotros: y

poco después, mi guía, señalando hacia un desfiladero cerca de la costa este, comenzó apresuradamente el camino por el que había venido. Le grité una pregunta mientras él iba: pero en este punto, la voz de los mortales había dejado de ser audible.

Por este desfiladero, con un hundimiento del corazón y una singular enfermedad de vértigo, pasé; y, al llegar a su fin, emergió sobre una meseta de roca que se estremecía ante los inicios del mar, aunque toda esta parte de la isla estaba, además, en las garras de una tormenta que no se debía a los grandes cañones del mar. Abrazando un acantilado por la firmeza de las ráfagas, contemplé una escena no menos inquietantemente triste que un sueño de Dante. Tres skerries, flanqueadas por túmulos tan fantásticos y retorcidos como los dedos de una bruja, albergaban un gran número de águilas pescadoras, focas y morsas. El mar palideció, tumultuoso, pero con una ira inaudible, como un ejército con estandartes, arremetió hacia la tierra. Soltando mi peña, me tambaleé un poco hacia la izquierda: y ahora, de repente, un anfiteatro se abrió ante mí, y allí vi a mi vista un panorama de una majestad tan terrible que nunca logré asimilar del todo.

—Un anfiteatro —dije, pero vi más bien la forma de una puerta normanda. Una puerta tan elegante, de media milla de ancho, plana en el suelo, la parte redondeada más alejada del mar; y a su alrededor una torre de roca perpendicular a cuarenta yardas.

Este fue el desembarco de los lagos de Rayba: la curva de una catarata normanda vestida con humos lejanos.

El último rayo del día ya casi había pasado; pero aún podía ver a través de la bruma que el edificio era bajo en proporción a la magnitud de su circunferencia; que estaba techado con una cúpula. Ciertas indicaciones me llevaron a inferir que la casa había sido fundada sobre un lecho de roca que yacía, circular, dentro de la curva de la catarata. Sin hacer una pausa para mirar de cerca, avancé y, corriendo por la suave cascada que se derramaba desde los techos, en uno de sus muchos porches, entré en la vivienda.

La oscuridad ahora estaba a mi alrededor, y el sonido. Parecía estar en el centro de un planeta que gritaba, como el resonante tronar de muchos miles de cañones, puntuado por extraños choques y alborotos. Y una tristeza descendió sobre mí. Estaba cerca de las lágrimas.

—Aquí —dije—, es el lugar del llanto. No en otra parte está el valle de los suspiros.

Pasé por una sucesión de pasillos, cuando una figura horrible, con una lámpara en la mano, se dirigió hacia mí. Parecía el esqueleto de un hombre envuelto en una sábana sinuosa, hasta la luz de un pequeño ojo, y una película de piel entre las telas, me tranquilizó. De orejas no mostró señales. Su nombre, supe después, era Aith; y su apariencia se explicaba por su pretensión (verdadera o falsa), de que una vez había

sufrido una grave enfermedad de la cual se había recuperado. Con una expresión de malicia, abrió el camino hacia una cámara en la parte superior, donde, después de encender la luz, hizo señas hacia una mesa extendida y me dejó.

Durante mucho tiempo me senté en soledad, consciente de la sacudida de la mansión, aunque cada impresión era confundida por el sonido. El agua, el agua, era el mundo: una pesadilla en mi pecho, un deseo de jadear, un hormigueo en los nervios, una sensación de estar infinitamente ahogado y enterrado. Cuando la sensación de vértigo también aumentó, me levanté de un salto y caminé, pero de repente me detuve, enojado, apenas supe por qué, conmigo mismo. De hecho, me sorprendí caminando con cierta prisa, algo no habitual en mí. Entonces me obligué a tomar nota de la sala. Era grande y húmeda, por lo que sus muebles, aunque ostentosos, estaban hechos jirones. Su centro estaba ocupado por una tumba con el nombre de un Harfager del siglo XIV y sus paredes estaban recubiertas con paneles de roble. Habiendo visto estas cosas tristemente, esperé con una intolerable conciencia de soledad; pero poco después de la medianoche, el tapiz se separó, y Harfager entró rápidamente.

En doce años mi amigo había envejecido. Mostró, es cierto, una tendencia a la delgadez, sin embargo, para un ojo conocedor, en realidad estaba cansado, mal alimentado. Su cuello sobresalía, y la parte inferior de su espalda tenía una curva de edad bastante avanzada; y su cabello flotaba sobre su rostro y hombros en una locura de horrible blancura, mientras que una barba blanca colgaba sobre su pecho. Su vestido era una túnica que, a medida que avanzaba, ondeaba desde sus espinillas desnudas y peludas; y estaba calzado con esas suaves sandalias llamadas rivlins.

Para mi sorpresa, habló. Cuando grité apasionadamente que no podía recoger ningún fragmento de sonido de su boca en movimiento, se llevó las palmas de las manos a las orejas y luego volvió a hablar, pero de nuevo sin resultado: y ahora, con un gesto enojado de la mano, tomó su vela y salió de la habitación.

Había algo sorprendentemente antinatural en su actitud, algo que me recordaba al esqueleto, de Aith: un exceso de celo, fiebre, rabia, un volumen, un anhelo de andar, una gran extravagancia del gesto. Su mano constantemente despejaba mechones de cabello de una cara que, aunque con el tono azafrán de la muerte, tenía ojos rojos, ojos de párpados gruesos, fijos en una mirada hacia abajo y hacia los lados. Cuando regresó, llevaba una hoja de marfil y un trozo de grafito colgando de un cordón atado a su prenda; y rápidamente escribió una petición para que, si no estaba demasiado cansado, participara con él en el funeral de su madre.

Grité asentimiento.

Una vez más se llevó las palmas a las orejas; luego escribió:

—No grites: ningún susurro en este edificio es inaudible para mí.

Recordé que en los primeros años de vida había sido un poco sordo.

Pasamos juntos por muchos apartamentos, él sombreaba la vela con la mano, una acción necesaria, ya que, como descubrí rápidamente, en ningún rincón del edificio tembloroso estaba el aire en estado de reposo. En todas partes conocí la misma grandeza del pasado, la fragilidad y la decadencia del presente. En muchas de las habitaciones había tumbas; una era un museo abarrotado de bronces, pero roto, crecido con hongos, goteando humedad; era como si la mansión, en un ardor de trabajo, sudara; y un miasma de descomposición contaminara todo el aire.

En ese momento entramos en una cámara muy larga, en la cual, apoyado sobre sillas al lado de una cama, había un ataúd flanqueado por una fila de velas. El ataúd tenía esta singularidad: la parte inferior estaba ausente, de modo que los pies del cadáver eran visibles. También vi tres barras verticales aseguradas a un lado del ataúd, cada una de las cuales tenía en su parte superior una campanita plateada pendiente de un resorte flexible. A la cabecera de la cama estaba Aith, con su aire de irascibilidad.

Harfager depositó la vela sobre una mesa de piedra y se quedó mirando el cuerpo. Yo también miré esa muerte tan sombría, como creo que nunca antes había visto. El ataúd parecía ensanchado por mechones grises enredados, ya que la dama era de edad, huesuda y con nariz de gancho. Su rostro tembló con solemne constancia ante el temblor del edificio.

Me di cuenta de que sobre el cuerpo se habían fijado tres puentes, como los de un violín, con los lados encajados en las ranuras de los lados del ataúd, y la parte superior de una forma que se ajustaba a la inclinación de las dos tapas cuando estaba cerrado. Uno de estos puentes pasaba sobre las rodillas de la mujer muerta; otro le cubría el vientre, y el tercero su cuello. En cada uno de ellos había un orificio, y por ellos pasaba la cuerda de la campanita. Antes de que pudiera adivinar el significado de todo esto, Harfager cerró las tapas de ataúd. Luego giró la llave en la cerradura y pronunció una palabra que yo interpreté como ven.

Aith sujetó el mango de la cabeza del ataúd. Desde la oscuridad del pasillo apareció una dama vestida de negro. Era alta, pálida, de aspecto imponente; y por la curvatura de su nariz y sus orejas circulares, adiviné que era la señora Swertha, tía de Harfager. Sus ojos estaban bastante rojos. Si esta particularidad era debido a llanto, no podría decirlo.

Harfager y yo tomamos cada uno un asa cerca del pie del ataúd. La señora de negro abrió el paso con un candelabro negro. Así comenzó la ceremonia.

Cuando llegué a la puerta, vi en un rincón dos ataúdes más, grabados con los nombres de Harfager y de su tía. Desde allí nos abrimos paso por una amplia escalera que

serpenteaba hacia un piso inferior; y descendiendo desde allí aún más abajo por estrechos escalones de latón, llegamos a un portal de metal, donde la señora, depositando el candelabro, nos dejó.

La cámara de la muerte por la que ahora trasladábamos el cuerpo seguramente estaba junto a la caída de agua en el exterior. El recubrimiento de los muros, con bronce sólido, así lo sugería. A cada lado, el lugar estaba lleno de ataúdes, a lo largo y ancho de los estantes; y la gran avalancha y el estallido que siguió a nuestra entrada lo convirtió en el paraíso para una tropa de ratas. Harfager luego me confió su sospecha de que las ratas, por alguna razón, habían sido colocadas allí por el constructor original.

Depositamos nuestra carga sobre un banco de piedra en el centro; con lo cual Aith se apresuró a alejarse. Harfager caminó repetidamente de un extremo a otro del lugar, escudriñando los muros. ¿Podría él, me pregunté, tener alguna duda sobre la solidez del recinto? La humedad, de hecho, y la descomposición, lo impregnaban todo. Un trozo de madera que toqué se desmoronó bajo mi pulgar.

En ese momento me hizo señas y abandonamos el lugar. Me acompañó hasta mi habitación, luego dejándome solo, donde caminé de un lado a otro, agitándome con una vaga ira, que de a poco se convirtió en la lenta agonía de sueño.

Seguí a Harfager por el laberinto de su camino con cierta dificultad. Solo una vez se detuvo, cuando con una cara desgarbada por el resplandor de la luz, pronunció una sola palabra: forma de sus labios adiviné la palabra: ¡Hark!

En el lejano interior de la mansión, incluso el día abatido de esta tierra de desolación nunca se alzó en nuestra penumbra; pero pude regularizar mis movimientos con un reloj que estaba en mi habitación. Con Harfager, en poco tiempo, renové toda nuestra amistad anterior, aunque con algunas tensiones.

Otro día no fue menos que grosero conmigo por tratar de revelarle el secreto de la agudeza inhumana de su oído, ¡y del mío! Porque yo también, para mi consternación, comencé, a medida que pasaba el tiempo, a captar indicios de gritos. La causa podría encontrarse, afirmé, en un fervor del nervio auditivo, que, si la catarata estaba ausente, el rugido del océano y la hilera de la tempestad perpetua que nos rodea, podrían ser suficientes por sí mismos.

Su propio oído interior, dije, debía estar inflamado; y le nombré la enfermedad como Paracusis Wilisü. Cuando él frunció el ceño, disidente, yo, sin inmutarme, procedí a relatar el caso (que había ocurrido según mi propia experiencia) de una mujer muy sorda que podía oír la caída de un alfiler en un tren. Él me respondió:

—De las personas ignorantes, estoy acostumbrado a considerar al simple científico

como el más ignorante de todos.

¡Pero yo, por mi parte, lo consideraba simplemente descabellado que pretendiera estar en la oscuridad en cuanto al estado mórbido de su audición! Él mismo, sin embargo, me confesó sus malestares, los de Aith, y la propensión de la señora Swertha a los paroxismos de vértigo. Esto me sorprendió, porque me había despertado por una sensación de tambaleo y náuseas, y la seguridad de que la habitación temblaba furiosamente conmigo. La impresión desapareció, y la atribuí, tal vez apresuradamente, a alguna alteración en las terminaciones nerviosas o al oído interno.

En Harfager, sin embargo, la convicción de movimientos giratorios en la casa, en el mundo, llegó a un grado de certeza tan horrible, que sus efectos a veces se parecían a los de la locura o la posesión energética. Nunca, dijo, la sensación de vértigo estaba completamente muerta en él. Una vez, mientras caminábamos, fue arrojado al suelo por poderes sobrenaturales, y se quedó allí durante una hora, tumbado, bañado en sudor, con deslumbrante desconcierto y asombro en su mirada.

Además, estaba constantemente atormentado por la presencia de sonidos peculiares que no podían explicarse bajo ninguna otra suposición que la de un tinnitus infinitamente enfermo. A través del rugido que a veces lo visitaba, me dijo, oía la canción de cuna de un pájaro, pero también que esa canción provenía de un país muy remoto, blanco como la espuma.

También sentía tonos humanos, distantes pero articulados, que luchaban por la volubilidad, y al final se fundían en una mezcla de movimientos musicales. Cierta vez se estremecido por un golpe inminente, como el monstruoso alboroto del crepitar de un cosmos alrededor de sus oídos. Además, me dijo que con frecuencia que podía ver, en lugar de escuchar, las ruedas de una esfera de música laberíntica en lo profundo, en la oscuridad negra del rugido de la catarata.

Estas impresiones, que protesté debían ser meramente entóxicas, a veces tenían un efecto agradable sobre él. Supuse que eran la causa de esos ¡Harks! que a intervalos de aproximadamente una hora no dejaban de separarse de él. Pero en esto me equivoqué: y fue con una gran consternación que pronto llegué a saber la verdad.

Porque, una vez que pasamos por una puerta de hierro en el piso inferior, se detuvo y, durante unos minutos, se quedó escuchando con una mirada muy entusiasta y astuta. El grito: ¡Hark! escapó de él; y luego se volvió hacia mí y escribió en la tableta:

—¿No escuchaste?

No había escuchado nada más que el rugido; entonces él aulló en mi oído unos sonidos ahora audibles para mí, como un eco atrapado en sueños:

—Ya verás.

Tomó el candelabro, sacó del bolsillo de su túnica una llave, abrió la puerta de hierro; y entramos en una habitación con una cúpula muy elevada en proporción a su espacio. En el centro del piso de mármol había una piscina, como un impluvio romano, redonda como la habitación: un estanque evidentemente profundo, lleno de un fluido espeso y oscuro. Estaba muy perturbado por su aspecto, ya que cuando la vela ardía, y la casa continuaba con sus temblores, observé ondas de limo golpeando contra los bordes.

Cuando miré a Harfager para que me explicara, me dio una señal de espera. Durante aproximadamente una hora, con las manos detrás de la espalda, se paseó por la cámara; pero luego se detuvo, y los dos nos quedamos de pie junto al borde de la piscina, mirando al agua. De repente, con un toque de horror, noté que una pequeña bola, probablemente de plomo, pero embadurnada de rojo sangre por algún químico, cayó del techo y se hundió en el centro de la piscina. Siseó al contacto con el agua una bocanada de niebla.

—En nombre de todo lo que es siniestro —susurré—, ¿qué es esto?

Una vez más, me hizo una señal, y me alcanzó el candelabro. Sosteniendo la luz en alto, vi colgando de las nieblas en la cúpula un globo de cobre viejo, alargado por un cuello, al final del cual podía espiar un pequeño agujero. Pintado sobre el globo era apenas visible en letras rojas impresas:

HARFAGER-HOUS: 1389-188...

—¿Qué significa? —jadeé.

—¿Viste la escritura?

—Sí. ¿El significado?

Él escribió en su pizarra: Al comparar Gascoigne con Thrunster, encuentro que la casa fue construida alrededor de 1389.

—¿Pero las últimas cifras?

—Después de los últimos 8 —respondió—, hay otra figura que no está completamente borrada por una mancha.

—¿Qué figura? —pregunté.

—No se puede leer, pero se puede suponer. Como el año 1888 ya casi ha pasado, solo puede ser la figura 9.

—Oh, estás mentalmente alterado —dije, muy irritado—: asumes, afirmas, de una manera que ninguna mente entrenada para basar sus conclusiones en hechos puede soportar.

—Tu eres el irracional —escribió—. ¿Sabes, supongo, la fórmula de Arquímedes por la cual, al ser conocido el diámetro de un globo, también se conoce su volumen? Ahora, el diámetro de ese globo en la cúpula sé que mide cuatro pies y medio; y el diámetro de las bolas de plomo sobre el tercio de pulgada. Suponiendo, entonces, que 1389 fue el año en que el globo estaba lleno de bolas, se puede calcular fácilmente que no quedan muchas de los cuatro millones y más que han caído a razón de uno por hora. La caída de las bolas no puede persistir otro año. Por lo tanto, la figura 9 se nos impone.

—¡Pero solo son presunciones, Harfager! —dije—. Créeme, amigo mío, esta es la miseria de la maldad. ¿Con qué álgebra de desesperación sabes que cada bola representa uno de los vástagos de tu casa, o que la última fecha estaba destinada a corresponder con el último descendiente? Incluso si es así, ¿cuál es el significado de esto?

—¿Quieres enloquecerme? —gritó. Luego furiosamente escribió—. ¡Juro que no sé nada de su significado! ¿Pero no es evidente para ti que esa cosa es un gran reloj de arena, destinado a contar las horas, no de un día, sino de un ciclo; tal vez un ciclo de quinientos años.

¡Pero todo el artefacto —grité apasionadamente—, es un fantasma funesto de nuestros cerebros! ¿Cómo se regula la caída de las bolas? Ah, amigo mío, desvarías, tu mente se debate en esta pelea de aguas.

—No me he asegurado —respondió—, qué mecanismos, o espirales internas, las bolas se retrasan en su caída; pero eso es un asunto que bien podía solucionar un mecánico medieval, el inventor del reloj; pero esto al menos está claro, que un elemento de su retraso es la pequeñez de la abertura a través de la cual tienen que pasar; que este elemento, según las leyes de estática conocidas, dejará de funcionar cuando no queden más de tres bolas; y que, en consecuencia, los últimos tres caerán en casi el mismo instante.

—¡En nombre del cielo! —exclamé— ¡Pero tu madre está muerta, Harfager! ¿Niegas que haya quedado alguien más que tú y Lady Swertha?

Una mirada de desdén fue toda la respuesta que me dio sobre esto.

Pero un día después me confesó que las gotas de plomo eran un dolor constante para sus oídos; que de hora en hora su vida estaba ansiosa por su caída; que incluso en sus

breves sueños él infaliblemente comenzó a despertarse en cada descenso; que en cualquier región de la mansión en la que se encontrara, era sacudido por un estruendo estrepitoso; y que cada choque le daba una punzada de angustia en el oído. En esa confesión sollozó, con la cara enterrada, mientras se apoyaba en una columna. Cuando pasó este paroxismo, le pregunté si estaba fuera de la cuestión que debería abandonar de una vez por todas la mansión. Él escribió en una respuesta misteriosa:

—Un cordón triple no se rompe fácilmente.

—¿Cómo tres veces?

Él escribió con una sonrisa amarga:

—Estar enamorado del dolor, quejarse después del dolor, ¿no es una locura perversa?

¡Me quedé asombrado de que él hubiera citado inconscientemente a Gascoigne! Una locura malvada! Una angustia lujuriosa!

—Has visto la cara de mi tía —continuó— la alegría de una paciencia blasfema.

Luego habló de la noche de mi llegada. El ruido de mis botas y, desde entonces, mi voz, le había producido un dolor agudo. Para tal oído, entendí, el lujo de la tortura en un gran aumento de sonido era un atractivo que ninguna virtud humana podía cambiar: y cuando dije que ni siquiera podía concebir tal aumento, mucho menos los medios por los cuales se pudo efectuar, sacó de los archivos de la mansión algunos anales guardados por los jefes de su familia.

A partir de estos, parecía que las tempestades que alguna vez laceraron la latitud de Rayba no dejaron de dar lugar, a intervalos de algunos años, a una locura gigantesca. En tales períodos, las lluvias descendieron, y llegaron las inundaciones; esos rösts, o remolinos, que alguna vez rodearon a Rayba, rechazando las bandas del espacio lateral, estallaron en un torbellino de chorros de agua, para bailar sobre la pequeña tierra. La catarata redobló así su volumen. Harfager dijo que era milagroso que durante dieciocho años ningún evento tan grande se hubiera producido en Rayba.

—¿Y qué —pregunté—, además de las bolas que caen, y la posibilidad de un aumento de sonido, es el tercer hilo de ese cordón triple del que has hablado?

Como respuesta, me condujo a una sala circular que, dijo, se había determinado que era el centro de la mansión. Era una sala muy grande, tan grande como creo que nunca vi, tan grande que la cantidad de pared iluminada al mismo tiempo por la vela parecía casi plana. Sin embargo, casi todo el espacio, desde el piso hasta el techo, estaba ocupado por una columna de latón.

—Esta columna —escribió Harfager—, sube al domo y pasa más allá; baja al piso inferior y pasa a través de eso; desciende desde allí hasta el piso de bronce de las bóvedas y pasa a través de esa roca. Debajo de cada piso se extiende, ayudando a sostener el piso. ¿Cuál es la calidad precisa de la impresión que he dejado en tu mente con esta descripción?

—No sé —respondí, apartándome de él—: no me preguntes ninguno de tus enigmas, Harfager: siento un vértigo...

—Pero respóndeme —dijo—. Considera la extrañeza de ese piso más bajo y descarado, que he descubierto que tiene unos seis pies de espesor, y cuya superficie debajo, tengo razones para pensar, está algo por encima de la roca madre. Piensa en las cadenas que salen de la pared exterior, aparentemente anclando la casa al suelo. Dime, ¿qué impresión te da?

—¿Y es por esto que esperas? —lloré—. ¡Sin embargo, puede que no haya habido intención malévola! ¡Saltas a conclusiones apresuradas! ¡Cualquier edificio fijo en un terreno podría en cualquier momento ser destruido por una tempestad soberana! ¿Qué pasaría si el constructor tuviera la intención de que, en tal caso, las cadenas se rompieran y el edificio, cediendo, se salvara?

—No está ausente en ti el espíritu de la caridad, al menos —respondió; y luego volvimos al libro que leíamos juntos.

No había perdido por completo el viejo hábito de estudiar, aunque ya no podía sentarse a leer. Por un capricho de su estado de ánimo, los pocos libros que ahora se encontraban dentro de los límites de su paciencia tenían todo para motivar algo de lo picaresco o lo especulativo: el Tacaño de Quevedo; o el sistema de Tycho Brahe; sobre todo, el Poder y la Providencia de Dios de George Hakewill. Sin embargo, un día, mientras leía, me interrumpió con la frase, a propósito de nada:

—Lo que no puedo entender es que tú, un científico, debas creer que la vida termina con la cesación de la respiración.

Desde ese momento el tono de nuestra lectura cambió. Porque me condujo a las criptas de la biblioteca en la parte más baja del edificio. Con un furor de triunfo me mostró un sinnúmero de libros que afirman la duración de la vida después de la muerte. ¿Cuál era, preguntó, mi opinión sobre el relato del barón Verulam sobre el hombre muerto al que se oyó pronunciar palabras de oración? Al expresar mi incredulidad, él pareció sorprendido y me recordó el retorcimiento de las cobras muertas, el largo latido del corazón de una rana después de la muerte.

—Ella no está muerta —citó—, sino que duerme.

La idea de Bacon y Paracelso de que el principio de la vida reside en un espíritu o fluido fue una prueba para él de que dicho fluido no podía, por su propia naturaleza, sufrir una aniquilación repentina, mientras que los órganos que permea permanecen. Cuando le pregunté cuál era el límite para la persistencia de la vida en los muertos, respondió que cuando la decadencia avanza tanto que los nervios ya no podían llamarse nervios, o cuando el cerebro se desconecta del cuerpo, entonces sucedía algo prodigioso.

Con una indiscreción extraña para mí antes de mi residencia en Rayba, ahora solté la pregunta de que si en todo esto se refería a su madre. Por un momento se quedó pensativo, luego escribió:

—Incluso si no hubiera tenido razones para creer que mi vida y la de Swertha de alguna manera dependían del cese final de la suya, todavía debería haber tomado precauciones.

Luego explicó que las ratas que se amotinaron en el lugar de la muerte, con el tiempo, harían su trabajo completo sobre ella; pero sería incapaz de llegar a la región de la garganta sin primero roer a través de las tres cuerdas estiradas a través de los agujeros de los puentes dentro del ataúd, y así, una por una, liberando las tres campanillas a tintineos.

El solsticio de invierno se había ido, comenzó otro año. Estaba durmiendo profundamente por la noche cuando Harfager entró en mi habitación y me sacudió. Su rostro era espantoso a la luz del cirio. Un cambio en poco tiempo había tenido lugar sobre él. Apenas era el mismo. Era como un pobre espectro.

Dijo que estaba al tanto de tensiones y crujidos, lo que le dio la sensación de estar suspendido en espacios ventilados por un hilo que debe romper su peso; y me rogó, por el amor de Dios, que lo acompañara a los ataúdes. Fuimos juntos hacia la cámara de los muertos, donde iba de un lado a otro para examinar los estantes. Sobre el ataúd sin pies de la viuda vi una rata de agua que se arrastraba; y cuando Harfager pasó por debajo de uno de los estantes más cortos que contenía un ataúd, éste de repente cayó a sus pies. Gritó, como una criatura asustada; se tambaleó buscando mi apoyo; y lo llevé de vuelta a las partes superiores del palacio.

Se sentó, con la cara enterrada, en una esquina de una pequeña cámara, temblando, superado, por así decirlo, por la caída de las gotas de plomo. A mis protestas respondió solo con un gemido: ¡tan pronto!. Cada vez que lo buscaba, lo encontraba allí, su virilidad había colapsado. No creo que durante este tiempo haya dormido.

La segunda noche, cuando me estaba acercando a él, se puso de pie de repente y gritó:

—¡La primera campana está sonando!

Y apenas lo había gritado cuando, desde muy lejos, un leve aullido, que en su origen debió de ser un grito feroz, llegó a mis oídos febriles. Harfager, por su parte, se llevó las palmas de las manos a las orejas y salió corriendo. Lo seguí a través de la amplitud negra de la mansión: hasta que llegamos a una cámara que contenía un candelabro encendido. En el suelo, desmayada, yacía lady Swertha, su cabello gris oscuro en desorden la envolvía como un mar furioso; mechones dispersos, arrancados de las raíces; y en su garganta huellas de dedos estrangulados.

La llevamos a su cama; y, después de descubrir algo de tintura en un gabinete, la administré entre sus dientes fijos. En su semblante embelesado vi que la muerte no era. Poco después la dejé a Harfager.

La próxima vez que lo vi, su actitud había sufrido una especie de cambio que solo puedo describir como horrible. Cuando le pregunté sobre su tía, sobre el significado de las marcas de violencia en su cuerpo, inclinando la oreja a sus tonos profundos y untuosos, pude escuchar:

—El esqueleto ha intentado irse. Aith.

No pudo darme una respuesta clara sobre su razón para retener a ese sirviente, o sobre el origen del servicio de Aith. Al parecer, el hombre había sido admitido en el palacio durante el período de su propia ausencia en la juventud, y sabía poco de él más allá del hecho de que era extraordinariamente fuerte. De dónde había venido, o cómo, nadie más que lady Swertha era capaz de saber.

Con una agresión atáxica, con los aires de un hombre borracho que se limitaba a la acción ordenada, Harfager ahora se dedicaba a hacer una serie de cosas triviales: recogía crónicas y las ordenaba por fecha. Insistió en mi ayuda para volver las caras de las pinturas contra la pared. Sin embargo, ahora era constantemente detenido por estallidos de vértigo, seis veces en una sola hora se arrojó al suelo, mientras que la sangre goteaba con frecuencia de sus oídos. Se quejó en un tono de lamentable del cortejo de un flautín plateado que lo atormentaba continuamente. Mientras se inclinaba, sudando, sobre sus cosas trascendentales, sus manos revoloteaban como un álamo temblón. Noté los movimientos de sus llorosos labios, el tic de sus ojos hundidos..

Una mañana entró en mi cuarto y me despertó. Observé la locura de la felicidad en sus ojos. Escuché su silbido en mi oído:

—¡Arriba! ¡La tormenta!

Lo sabía, en la pesadilla de la noche. Lo sentí en el aire de la habitación. Había

llegado. Lo vi, espeluznante, a la luz de la lámpara en el infierno de la cara de Harfager.

Un regocijo surgió de inmediato dentro de mí, mientras saltaba de mi sofá, mirando el reloj: eran las ocho de la mañana. Harfager, con el tallo desnudo de un profeta maníaco, corría por el pasillo. Comencé a seguirlo. Se sintió claramente un temblor del edificio; por un segundo se detuvo, como si, sin aliento, escuchara; su aire estaba turbado por una vaga ráfaga. De vez en cuando me parecía escuchar un lamento y una voz lejana en Ramah, pero no podía decir si esto estaba en mi oído o los gritos del vendaval, pero hubiese jurado que oí el acorde claro de un órgano.

Alrededor del mediodía vi a Harfager, lámpara en la mano, corriendo por un pasillo, descalzo. Cuando nos encontramos, él me miró, pero apenas con reconocimiento, y pasó de largo; se detuvo, sin embargo, y volvió corriendo a aullar en mi oído la pregunta:

—¿Lo verías?

Luego hizo una seña delante de mí, y lo seguí a una abertura muy pequeña en la pared exterior, cerrada con una losa de latón. Cuando levantó el pestillo, la losa se precipitó hacia dentro con una impetuosidad instantánea, mientras el aliento de la tempestad rebotaba a través del tubo de bronce con bravura. Al final del pasillo siguió una larga fila de fotografías y sofás. Sin embargo, me las arreglé para abrirme camino hacia la abertura. Por lo tanto, el mar debería haber sido visible; pero mis sentidos no se encontraron con nada más que una visión de tenebrosa caída. El sol de Rayba se había apagado. En un momento de oportunidad, nuestras dos fuerzas volvieron a cerrar el obturador.

—¡Ven! Vamos a ver cómo les va a los muertos en la gran desolación.

Y corrimos, pero apenas habíamos llegado al centro de la escalera, cuando nos llegó una gran conmoción, un ruido sordo que solo la caída de todos los ataúdes podría haber causado. Busqué a Harfager y, por un momento, solo vi sus talones temblando, asustados por el pánico. Entonces, de hecho, me llegó el miedo: un temblor en la audacia de mi corazón, un pensamiento de que ahora debía abandonarlo y encontrar mi propia salvación. Sin embargo, con vacilación me volví para buscarlo para la última despedida, una vacilación que sentí que no era desinteresada, sino egoísta y poco saludable. Divagué por la noche, buscando luz, y al encontrarme con una lámpara, procedí a buscar a Harfager.

Pasaron varias horas de esta manera. Un grito irreal, como el chillido de los demonios, llegó a mis oídos. Cuando llegó la noche comencé a detectar en el ruido de la catarata un carácter fresco, una estridencia, el silbido de un éxtasis, una malicia, la amenaza de una rabia ciega y sorda. Debió de ser aproximadamente a las seis cuando encontré a

Harfager. Estaba sentado en una habitación oscura, con la frente inclinada hacia abajo, las manos sobre las rodillas, la cara cubierta de pelo y sangre en las orejas. La manga derecha de su túnica se había rasgado, imaginé, tratando de forzar una ventana; y un brazo aplastado colgaba lacio del hombro.

Durante un tiempo me quedé de pie y lo miré mientras pronunciaba:

—¡La segunda campana!

Y de nuevo, en secuencia inmediata tras su grito, sonó un gemido, vago pero real, a través de la casa. Harfager cayó tambaleándose; pero yo, agarrando una lámpara, salí corriendo, temblando pero ansioso. Durante un tiempo continuó el aullido salvaje (ya sea en la realidad o por acción refleja de mi oído); y mientras corría hacia la habitación de la dama, vi frente a ella la puerta abierta de una armería. Tomé un hacha, y estaba a punto de lanzarme en su ayuda, cuando Aith, con un resplandor ojo, salía corriendo de la habitación.

Levanté mi hacha y, gritando, corrí hacia él, pero por casualidad la lámpara se cayó, y antes de que supiera nada más, el hacha saltó de mi alcance. Sin embargo, había suficiente luz para mostrar que el esqueleto había salido disparado hacia una puerta de la armería, así que instantáneamente cerré la puerta. Aith era un prisionero. Entonces entré en la habitación de la dama. Se tumbó sobre la cama en la alcoba y, para mi oído inclinado, crujió gravemente el rumor de la muerte. Una mirada a su garganta destrozada me convenció de que habían llegado sus últimos momentos, la acomodé en la cama, la cubrí con las cortinas negras y me aparté de la maldición de su aspecto. En un escritorio cercano encontré una nota, aparentemente destinada a Harfager:

—Me refiero a desafiar y volar; no por miedo, sino por el deleite del desafío mismo. ¿Puedes venir? —decía la nota.

Tomando una llama del candelabro, la dejé sola.

Había retrocedido un poco cuando me sorprendió un sonido extraño, un estrépito. En dos minutos estalló nuevamente; y de allí en adelante a intervalos regulares, con un efecto de dolor sobre mí. Supuse que Aith había desenganchado dos de los viejos escudos de latón de sus clavijas, y sujetándolos por sus asas, los estaba golpeando brutalmente. Cuando encontré el camino de regreso a Harfager, ahora estaba muy angustiado. Sacudió la cabeza como un caballo atormentado, evitando escuchar cada golpe de los escudos de bronce.

—Ah —gruñó roncamente en mi oído—, ¿Cuándo cesará ese rumor?

Desde la mañana, su fiebre auditiva (como la mía también) parecía haber aumentado

en proporción constante con el rugido y el chirrido del caos; y la lucha de la muerte en la garganta de la dama llenó amargamente los intervalos del espeluznante sonido de Aith. Mi amigo, con los brazos extendidos, se lanzó hacia la oscuridad.

Nuevamente lo busqué, y de nuevo en vano. A medida que pasaban las horas, y el día se hacía más profundo hacia su triste medianoche, el grito de la catarata se redoblaba, mezclada con la masa y la majestad de la tempestad ahora climática. El ruido era demasiado intencional para ser tolerable por cualquier razón. Mi propia mente escapó de mi dominio y siguió su propio camino.

Sentí el calor de la fiebre. Caminé de cámara en cámara, precipitado, mareado. Aun así, cuando pasé cerca de la armería, los escudos entusiastas de Aith no dejaron de golpear débilmente mi oído. A Harfager no lo vi, porque él también, sin duda, estaba vagando por la casa. Sin embargo, alrededor de la medianoche, observando la luz que brillaba desde una puerta en el piso inferior, entré y lo vi allí: la cámara del globo.

Se sentó abrazándose a sí mismo en los escalones, mirando la sombría piscina. Las últimas luces del día parecían morir en sus ojos. Sus manos, su brazo desnudo, estaban lavados con sangre nueva. pero de esto, también, parecía inconsciente.

—¡La última campanilla está sonando! —y salió corriendo, delirando.

Por lo tanto, no vio lo que, con temor, yo vi: una bola se deslizó del globo con un silbido y una neblina de humo hacia la piscina; y mientras el reloj marcaba otra vez; otra más cayó, y otra.

Comprendiendo que los cimientos de mansión temblaban, corrí. Mi huida se detuvo de repente. Vi a Harfager corriendo hacia mí, sus manos enterradas en su cabello; y, cuando pasó corriendo, lo atrapé.

—¡Harfager, sálvate! ¡Por el gran Dios, hombre, las aguas —le susurré al fondo de su oído—, las mismas fuentes del Gran Abismo!

Me fulminó con la mirada y siguió su camino. Entré en una habitación y cerré la puerta. Aquí, por un tiempo, con las rodillas débiles, esperé; pero el ansia de mi frenesí me presionó, y nuevamente salí, para encontrar los pasillos medio inundados, con agua hasta la altura de los muslos.

Mientras la tormenta se filtraba por las grietas en la cúpula, todo parecía bramar en la casa. Mi luz se apagó; pero me sorprendió la presencia de otra luz, más fantasmal, sombría, azulada, suave, pero salvaje, que ahora se regodeaba por toda la casa. Estaba maravillado ante esto cuando una ráfaga de pasión augusta galopaba por la mansión; y, con eso, me di cuenta del chasquido de algo en alguna parte. Hubo un minuto de espera infinita, y luego, rápido, cada vez más rápido, llegó el latido, el chasquido, el

estallido, en espaciosa sucesión, de las cadenas de anclaje de la mansión ante el hombro apresurado del huracán.

Y de nuevo un segundo de quietud sin aliento, y luego, deliberadamente, llegó su hora, la casa se movió. Lentamente se movió y se detuvo, luego hubo un barrido, y un remolino, ¡y una pausa! luego un remolino, y un barrido, ¡y una pausa! Y entonces la vivacidad final del vuelo.

Una vez más, tambaleándome y hundiéndome, me di la vuelta, la idea de escapar por un momento se me ocurrió, pero esta vez sacudí un puño impío.

—No, Dios, no, no —jadeé—; ya no me iré más de aquí: ¡déjame pasar el vals en este carnaval de vórtices, anarquía de los truenos! —Y corrí tambaleándome.

Pero la memoria vacila en un gris más sombrío en cuanto a todo lo que siguió. Luché por la escalera, que ahora fluía por un río, y durante un buen rato corrí, lleno de desvaríos salvajes, en medio de la caída de los techos y las ruinas de las paredes. El aire estaba lleno de salpicaduras, todo el techo ahora, salvo tres vigas, después de haber sido arrebatado por el viento; y en el sonrojo de ese brillo azulado de la luna, los tapices se agitaban y se arrastraban salvajemente.

En un momento, donde sobresalía el pórtico más grande, la mansión comenzó a golpearse contra alguna obstrucción: chocó tres veces. Cada pórtico navegaba hacia el vendaval, rompiendo su gran cuerpo en fragmentos. Yo, corriendo por la puerta de una habitación en ruinas, vi a través de la lívida luz de la luna a Harfager sentado en una tumba, con un tambor junto a él, sobre el cual, con un garrote en su puño sangriento, golpeaba persistentemente.

De repente, Harfager arrancó la mata de pelo que le cubría la cara, se levantó, estiró los brazos y comenzó a girar, vertiginosamente, en la misma dirección que la mansión.

Desde tal punto de vista, rehuí con arcadas. Me encontré en el piso inferior frente a un porche, donde una puerta exterior que se había estrellado. El aliento de la tempestad me golpeó. Sobre esto, un impulso, en parte de locura, estimuló en mi alma; y salí a toda velocidad por la puerta.

El río de me precipitó profundamente hacia el mar, aunque incluso allí un estruendo estridente llegó a mis oídos. Apenas había pasado cuando mi cuerpo chocó en uno de los arcos, amortiguado con algas, de la calzada no demolida. Tampoco había perdido por completo la conciencia.

Miré hacia atrás y vi que la vivienda de los Harfagers era un recuerdo del pasado; luego hacia arriba, y todo el cielo del norte, hasta el cenit, brilló en un océano de glorias abigarradas, la aurora boreal. Ante el augurio de lo que vi, me conmovieron las

lágrimas. Me arrodillé y levanté mis manos hacia el cielo en agradecimiento por la maravilla de mi rescate de toda la tentación, la tribulación y la ruptura de Rayba.

Tales casos son conocidos por muchos médicos. La conmoción cerebral en el nervio sordo es la causa de una sensibilidad adquirida; ni hay ningún límite para esa sensibilidad cuando el tumulto se incrementa inmensamente.